

*Revista Cruz del Sur*

2014

Año IV

Número 8

ISSN: **2250-4478**

---

<http://www.revistacruzdelosur.com.ar>

*Ensayos*  
*Notas y*  
*Comentarios*



## **Aristas terrenales, fervor evangélico, ascética y misticismo en la vida y la obra de Luis Sarria, Fray Luis de Granada**

por

**Eduardo Ricardo Pérez Calvo**

**SUMARIO:** I. Infancia y formación. Principales obras. II. Fray Luis en Portugal. III. El orador sagrado. 1. El primer sermón. La Circuncisión del Señor. 2. El segundo sermón. Adoración de los Reyes Magos. 3. El tercer sermón. La epifanía. 4. El cuarto sermón. Fiesta de la Anunciación. 5. El sexto sermón. La Resurrección del Señor. 6. El séptimo sermón. Ascensión del Señor. 7. Noveno sermón. Fiesta de Pentecostés. 8. Décimo sermón. Fiesta del Santísimo Sacramento. 9. Asunción de Nuestra señora. Capítulo X de Lucas. 10. Undécimo sermón. Fiesta de todos los santos. Evangelio de San Mateo, Capítulo V. 11. Duodécimo sermón. Concepción de Nuestra Señora. IV. Error y expiación. V. Mi criterio.

### **I. Infancia y formación. Principales obras.**

Quien fue conocido por el mundo como Fray Luis de Granada, nació en esta ciudad en 1504, ignorándose el día y el mes. Su padre se llamaba N. Sarria, originario de esa localidad de la provincia de Lugo, en el reino de Galicia y que se acercara a Granada atraído por los grandes privilegios concedidos por los Reyes Católicos a sus habitantes. Casado con una mujer de humilde condición, también nacida en Sarria, ambos trabajaban como modestos panaderos.

Infortunadamente el marido falleció pocos años después del nacimiento de su hijo dejando a su familia en la indigencia. La viuda se ganaba penosamente el sustento como lavandera del Convento de la Santa Cruz de la orden dominicana, a menudo dependiendo de la caridad ajena. Madre e hijo habitaban en el barrio granadino del Realejo.



**Fray Luis de Granada en “Libro de descripción de verdaderos Retratos, de Ilustres y Memorables varones de Francisco Pacheco (1564-1644). Sevilla, 1599”<sup>1</sup>**

---

1

[http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/catalogo\\_imagenes/grupo.cmd?path=12266&interno=S&presentacion=pagina&posicion=8](http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=12266&interno=S&presentacion=pagina&posicion=8)

Notablemente, cuando tenía unos diez años de edad, el niño Luis, estando en las cercanías de La Alhambra se suscitó una pendencia de muchachos que terminó a los golpes. Atraído y molesto por los ruidos el alcaide del Palacio, Iñigo López de Mendoza, Conde de Celdilla, se asomó a una ventana y retó a los jovencuelos, oportunidad en que Luis, sin inmutarse y con comedidos conceptos explicó las razones de su actitud, dejando admirado al conde, quien pronto lo llevó como paje a Palacio y más tarde lo convirtió en compañero de juegos y estudios de sus hijos, en especial el menor, nacido en 1503, el más destacado de ellos, poeta y diplomático Diego Hurtado, representante de España en el Concilio de Trento, fallecido en 1575.

Como ha reconocido José Joaquín de Mora, autor del prólogo a las obras selectas de Fray Luis, y de su biografía, publicados en la Biblioteca de Autores Españoles, pocos son los datos que se conocen de su tierna infancia. Se conjetura que sus padres eran de Lugo, donde acaso él mismo nació, y que instalados en Granada, trabajaron como modestos panaderos hasta la muerte del esposo, deceso que, como hemos dicho, dejó a su familia en la indigencia.

Más allá del hecho que hemos relatado algunas biografías ulteriores consignan que el niño Luis, gustaba de repetir ante sus amigos del barrio de la Alhambra, los sermones escuchados en la iglesia cercana, hecho que llamó la atención de Iñigo de Mendoza, aquel que tremoló por vez primera el pendón castellano en las calles de la ciudad, quien colocó al jovencuelo como paje de su hijo Diego.

De tal manera Luis creció en la portentosa Alhambra, hogar de los Mendoza y estudió humanidades; y cumplidos diecinueve años solicitó ser recibido en el convento de la Santa Cruz, donde profesó en 1525 cambiando su nombre original por el de Fray Luis de Granada. Ya reconocido como gran orador fue enviado en 1529 para que profundizara sus estudios al Colegio de San Gregorio de Valladolid. Había sido seleccionado por unanimidad de los padres electores y su inauguración en dicho instituto se verificó el 11 de junio de 1529. Significó para un joven nacido en la pobreza un enorme galardón, verdadero reconocimiento de las prendas más

eminentes, las disposiciones más felices y las costumbres más inocentes y puras. Aquel día se abrió a sus ojos una nueva perspectiva de adelanto y perfección. No satisfecho con el cultivo de la literatura en todos sus ramos, ni con los estudios teológicos que el reglamento del colegio le imponía, ni con la aplicación que daba a la oratoria del púlpito; resuelto como estaba a dedicarse con preferencia a este ejercicio, penetró en los recónditos arcanos de la teología mística, para la que tantos alicientes hallaba en la natural ternura de su corazón y en su imaginación exaltada y poética.

Conoció y tuvo como compañero de estudios a otro dominico, muy infatuado de sí mismo y de su pretendida alcurnia, que con el transcurrir del tiempo se convertiría en uno de sus más formidables impugnadores, Melchor Cano.<sup>2</sup>

De esta época de su vida se narra, como cierto, un episodio singular. Estando una noche, cerca de las once, el devoto colegial disciplinándose ásperamente, invocando al cielo, entre los golpes, amargos gemidos, desde el fondo de su corazón, seguro que gozaba de gran soledad, y que no sería oído, por la hora y el lugar que había escogido, una celda apartada de las otras, para que no se notaran sus santos ejercicios. Acertaron a pasar por el colegio dos caballeros jóvenes, resueltos a conocer mujeres fáciles, hablando de sus torpezas, y oyeron los golpes de los azotes y los suspiros que rompían los aires e interrumpían el silencio de la noche, y viendo lo que era, admiraron la aspereza y el rigor; repararon lo que veían y lo que iban a hacer y dijo uno al otro: ¿Qué es esto, que se esté azotando tan vigorosamente este santo religioso, no habiendo por ventura haber ofendido a Dios mortalmente en su vida y nosotros a la misma hora y cargados de pecados, vamos a ofender a Dios de nuevo tan gravemente? Sin duda nos trajo Dios para reducir nuestra dureza con este ejemplo, dijo uno al otro, que también pensaba lo mismo, no pasará de aquí y mañana procuraré saber quién es este religioso, para ofrecerme por suyo y pedirle que me encomiende a Dios.

---

<sup>2</sup> Algunas biografías circulantes actuales erróneamente mencionan que su compañero de Orden fue su profesor.

Volvieron confusos a sus casas y al día siguiente vinieron al colegio, preguntaron con discreción por el ocupante de la última celda. Era Fray Luis de Granada. El águila del colegio, el de mayores letras y virtudes. Quedaron con él a solas, echáronse a sus pies, quisieron besarlos, contándole el suceso y suplicaron que les recomendase a Dios. El humilde fraile quedó corrido por el descubrimiento de su penitencia, y desde entonces procuró mayor secreto y esconderse de los ojos de los hombres.

Los estudios del colegio de Valladolid tenían un período señalado, después del cual los colegiales se restituían a sus respectivos conventos y se dedicaban por regla general a la enseñanza. Fray Luis regresó a Granada y allí y en varias casas de la misma Orden en su provincia de Andalucía, se desempeñó en calidad de lector varias cátedras de filosofía y teología distinguiéndose tan señaladamente en ellas, que muy en breve recibió el grado de maestro en teología, el cual le fue conferido por Fray Vicente Justiniano, después Cardenal, y a la sazón Maestro General de la Orden y confirmado por el capítulo general de la misma, celebrado en Bolonia en 1564.<sup>3</sup>

Frustrado su deseo de ser enviado, como misionero, a las Indias, a mediados de la década siguiente es trasladado al convento de Scala Coeli.

Esta determinación de sus superiores obedeció a que se hallaba el general de la Orden visitando los conventos de España y noticioso del abandono y ruina en que se había sumido el convento situado en las montañas de Córdoba y tuvo en cuenta el extraordinario crédito que le habían granjeado sus virtudes, saber y elocuencia a fray Luis; y finalmente el valioso testimonio de la confianza que inspiraba en sus superiores.

El priorato de fray Luis equivalía a fundarlo de nuevo, ya que su degradación había llegado al extremo de no haber quedado allí más que las paredes, ni tener otros habitantes que los rebaños que en ellas se guarecían.

---

<sup>3</sup> Esta ratificación de su jerarquía de maestro torna aun menos comprensible la omisión del nombre de Fray Luis en la Carta Apostólica de Benedicto XVI de 2012.

El enérgico fraile no se amedrentó. Con las limosnas que le suministró la caridad, una buena elección de religiosos dispuestos como él a devolver por el honor de la Orden consiguió restablecer su esplendor primitivo a la casa de Scala Coelli en toda la Nación y propagar las buenas doctrinas y los buenos ejemplos en aquellas escabrosas regiones.

Fray Luis frecuentemente bajaba a la ciudad y a los pueblos comarcanos para predicar la palabra de Dios y enseñar la doctrina; circunstancias que dieron lugar a que cultivasen su trato, se sometiesen a su dirección y contrajesen con él íntimas relaciones de amistad, muchos y muy distinguidos personajes que ilustraban entonces las provincias andaluzas: el marqués de Priego, el conde de Feria, Fray Lorenzo de Figueroa, obispo de Sigüenza, el Padre Antonio de Córdoba, jesuita, y sobre todo el célebre Maestro Juan de Ávila.

Este eminente varón conoció a Fray Luis en casa del marqués de Priego y desde aquel instante se amaron tiernamente dos hombres conformes en su vida, letras y santidad. Fray Luis con cristiana humildad reconoció la superioridad del P. Ávila, oyó con docilidad sus avisos y confesó que ellos le habían servido de mucho para mejorar la composición y estilo de sus sermones.

De esos años es su traducción al castellano de *Contemptus Mundi*. Imitación de Cristo.

Creo que es el momento oportuno para definir el carácter y temperamento del ya prestigioso fraile cuando transcurría 1536 y contaba 32 años de edad.

Existe una errónea tendencia a concebir a Fray Luis de Granada, como un hombre sosegado, manso, casi meliflúo. Nada más alejado de la realidad. Como ya hemos recordado, siendo un mozalbeta, un huérfano del modesto barrio del Realengo tuvo la presencia de ánimo suficiente, aún encontrado en falta en esa disputa callejera, para justificar su conducta sin amedrentarse en presencia de uno de los hombres más poderosos de la ciudad y de probada bravura en la guerra, como era el Alcaide de la Alhambra, el primero que había tremolado el pendón de Castilla, en la ciudad tomada por los Reyes Católicos. No era fácil enfrentarlo.



Fray Luis fue un hombre enérgico, de fuerte temperamento que pudo contener, disciplinándose al extremo, como poseedor natural de un alto espíritu de humildad y entrega a la voluntad divina. Ello explica que adoptara la decisión en un ambiente convulsionado por la reforma luterana, ardorosos debates entre partidarios de Erasmo y férreos defensores de Santo Tomás de Aquino, de publicar una versión castellana de la célebre obra del monje agustino alemán Tomás de Kempis. Lo hizo con un criterio independiente y tomando partido en la polémica ya existente (que todavía subsiste) sobre su autor, reconociendo como tal a Kempis.

En el prólogo de su obra indica al amado lector que hay tres cosas que notablemente aprovechan al alma que desea salvarse: una es la palabra de Dios; otra la continua oración y la tercera el recibir muchas veces el precioso cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y explica que fue movido a traducirla viendo que agua tan clara hecha de sí para hacer tanto fruto estaba turbia, casi llena de cieno por no estar en romance tan claro, tan propio, tan conforme al latín y por eso tan poco gozada; ello le movió a sacarla de nuevo, cotejándola con el latín, en el cual el autor la escribió.

Reconoció sin ambages que, quitó lo superfluo y añadió lo falto. *Para que tengas un compañero fiel, un consuelo en tus trabajos, un maestro en tus dudas, un arte para orar al Señor, una regla para vivir, una confianza para morir, uno que te diga de ti lo que tú mismo no alcanzas, y en que veas quien es Señor que tal poder dio a los hombres que tales palabras hablasen. Recibe pues este amigo; nunca de ti le apartes. Y después de leído, tórnalo a leer; porque nunca envejece y siempre en unas mismas palabras entenderás cosas nuevas y verás algún rastro del espíritu del Señor que nunca se agota.* En la misma oportunidad no dudará en afirmar

*«...es bien que sepas que quien hizo este libro no es Gerson, como hasta aquí se intitula: más fue Fr. Tomás de Kempis, canónigo reglar de San Agustín, el cual comienza así: En nombre de Jesucristo nuestro Señor...»<sup>4</sup>*

---

<sup>4</sup> *Contemptus Mundi*, Menosprecio del Mundo e Imitación de Cristo, obra compuesta por el V. Tomás de Kempis, Canónigo reglar de San Agustín,

Esa llaneza de expresión y acercamiento a los fieles chocaba con el criterio de Melchor Cano, a mi juicio, impregnado de una suerte de restringido acceso a la santidad, sólo limitada a unos pocos selectos, quien atribuyó a fray Luis un herético convencimiento de la vocación universal a la santidad, al pretender transformar en contemplativos y perfectos a todos los cristianos con el agregado de enseñar al pueblo en castellano. Su cerrado criterio en materia de santidad, incluyó la acusación adicional de haber prometido fray Luis camino de perfección común y general a todos los estados sin voto de castidad, pobreza y obediencia. Innegablemente Fray Luis, evidenciaría en muchos de sus escritos, cierta aproximación a las célebres tesis de Erasmo de Rotterdam.

Años después Melchor Cano, aprovechando su cargo de consultor inquisitorial estimulará al Inquisidor General Fernando de Valdés provocando que varias de sus obras fueran colocadas en el Índice español y el propio Fray Luis abandonara definitivamente España, dirigiéndose a Portugal, donde residió en Évora y Lisboa, hasta su muerte ocurrida el 31 de diciembre de 1588.

Su marcha a Évora, obedeció a la invitación que le formulara el Arzobispo de la Ciudad, con el objeto de contar con un aliado tan elocuente como fray Luis para defender la instalación de la Compañía de Jesús. Allí se convirtió en confesor de los reyes y en Provincial de su Orden. Había alcanzado la plenitud de su fama no sólo como predicador sino como hombre de letras.

Uno de sus biógrafos José Joaquín de Mora, con bastante exageración, le considera como el verdadero fundador de la culta y limada prosa castellana, envuelta hasta sus días en los embarazos y vacilaciones de la infancia y menoscabada con inútiles latinismos, con locuciones groseras, intrincadas y viciosas y con una frase sucesivamente áspera y floja, demasiado lacónica, y superfluamente abundante, disuelta en miembros inconexos y aislados, o prolongada indefinidamente en interminables períodos.

Argumenta que esta última circunstancia confiere a Fray Luis mayores derechos a la admiración de los aficionados al buen gusto

---

traducido a nuestro castellano con mejor y más apacible estilo por el V. P. M. Fray Luis de Granada, de la orden de Santo Domingo.

literario, porque fue él quien fijó el período castellano, determinando sus dimensiones, proporcionando simétricamente sus miembros y dándole sonora terminación y caídas. Sin compartir la cerrada idea de De León recordaré que el exquisito Azorín pondrá de relieve, según estima coincidentemente Luis Fernando Figari, que su sensibilidad va directa de los nervios a las cuartillas. Por eso no hay en nuestra literatura estilo más vivo, más espontáneo, más varío y más moderno y lo es ahora, como hace cuatro siglos; y luego de encumbrarlo como un clásico, el apacible alicantino expresa su admiración sobre el Tratado de la Oración y afirma que entremezcla en un realismo conmovedor la mayor “terribilidad” y gentileza angélica que ha conocido la lengua castellana y se pregunta ¿Habrán en otra lengua –en España no– tal cantidad de emoción en ellas?

Fray Luis desarrolló una copiosa literatura dentro de la cual se destacan el ya mencionado, *De la Oración y su consideración, o meditación*, 1554. *Guía de Pecadores*, 1556. *Memorial de la Vida Cristiana*, 1561. *Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana*, 1574. *Símbolo de la Fe*, 1582-1585. Sus célebres 13 sermones y dos postreros de 1588 a los que luego nos referiremos.

En conocimiento de tantos trabajos altamente elogiados en Europa confieso que me asombra que la bellamente escrita, iluminada y erudita Carta Apostólica de Benedicto XVI de 7 de octubre de 2012, y octavo de su pontificado declarando a San Juan de Ávila, sacerdote diocesano y a santa Hildegarda de Bingen, monja profesa de la Orden de San Benito, Doctores de la Iglesia Universal, no incluya a Fray Luis de Granada, entre tantos ilustres nombres invocados, a pesar de que el propio Juan de Ávila fue motivo de páginas enaltecedoras por parte del ilustre fraile granadino y de ahí que respetuosamente me permitiré ampliarla por un deber que estimo de justicia.

La vida de San Juan de Ávila escrita por Fray Luis de Granada no es meramente una hagiografía. El autor supo hilar hondo en la personalidad de su biografiado. Se trataba en realidad de dos almas gemelas y el resultado fue un verdadero estudio psicológico de apostolado y santidad. No faltó tampoco la responsabilidad del

hombre prudente y sabio. En ese sentido Fray Luis emprendió su tarea con pasos graduales. Primero nos exhibe a San Juan de Ávila como predicador y como procuró imitar a San Pablo en las principales partes que para este oficio se requirieron.

Atendió luego su especial lumbre y conocimiento por disposición divina y a sus virtudes personales propias. De inmediato su predicación y el fruto que de ella hizo. Los medios con los cuales consiguió el aprovechamiento de las almas. Por último su dichosa muerte.

Inspiración y sabiduría acompañan las palabras iniciales que escribe Fray Luis en su Vida del Venerable Maestro Juan de Ávila: *«Aquel solícito Padre de familias que a todas las horas del día anda recogiendo obreros para cultivar su viña, jamás deja pasar edad que no despierte algunos muy señalados obreros que con su trabajo e industria ayuden a esta labor».*

Signe: *Entre los cuales fue Él servido de reclamar a este nuevo obrero cuya vida comenzamos a escribir.* Ido a Alcalá comenzó a estudiar las artes y fue su maestro Fr. Domingo Soto. Pero no era esa su misión. Fray Luis advierte sobre la intensidad de la descubierta auténtica vocación. La extrema sensibilidad del biógrafo facilitó que estuviera en condiciones de captar idénticas condiciones y aún acrecentadas en Juan de Ávila, y en ese sentido desplegó ante sus lectores que como predicador estaba encendido y transformado y en este amor y deseo de salvar las almas de ninguna cosa hacía ni pensaba, ni trataba, sino ayudar a la salvación de ellas. Lo cual hacía con continuos sermones, confesiones y exhortaciones, públicas lecciones ayudando a los presentes con la doctrina y a los ausentes con sus cartas.

No sólo con su persona sino por medio de discípulos que había criado a sus pechos, enviándolos a diversas partes, para que hiciesen esos mismos oficios. De la excelencia de sus cartas veremos, observa Fray Luis, la especial facultad y gracia de Nuestro Señor le había dado. Porque siendo tantas y tan diferentes materias sobre las que escribía, cuántas las necesidades que se le ofreciera, a todas acudía del tal propósito como si en sólo aquellas estuviera ocupado.

De esta manera consuela a los tristes, anima a los flacos, despierta a los tibios, esfuerza a los pusilánimes, socorre a los tentados, llora a los caídos, humilla a los que de sí presumen.

Por último en la conclusión de su obra, de manera conmovedora, casi sublime, trascendente, simultáneamente espiritual y humana describe la santa muerte del santo que nos llega desde aquel ya remoto instante como un clamor estentóreo de religiosidad que arrebatara nuestras mentes secularizadas y casi indiferentes: Acechemos subrepticamente el cierre definitivo de la obra, por Fray Luis de Granada: «*Pero de lo que yo más me maravillo es ver que con toda esta muchedumbre de sus continuas ocupaciones con los prójimos, no por eso perdía aquella acostumbrada medida y serenidad del hombre exterior*».<sup>5</sup>

Ocho años había pasado Fray Luis a la cabeza de la comunidad de Scala Coeli cuanto debió acudir al capítulo provincial de la Orden. En esta oportunidad de gran importancia, no sólo por los asuntos que en él debían ventilarse, sino también por la presencia del duque de Medinasidonia, grandemente estimado por los dominicos, como su generoso favorecedor y como pariente de Santo Domingo. Los sermones que en estas grandes solemnidades se predicaban, eran, como entonces se decía, de *empeño*, uno de ellos fue encomendado a Fr. Luis, y tan acertadamente desempeñó su encargo, y tanta fue la elocuencia que ostentó en aquella ocasión, que el duque, prendado de orador tan cumplido, exigió del Provincial que le permitiese llevarse consigo a Fr. Luis, para que ejerciese en su palacio de San Lúcar el alto ministerio en que tan señalados triunfos obtenía. Fr. Luis obedeció el precepto de su Superior, quien no pudo negarse a los deseos de tan elevado personaje, más no duró largo tiempo este paréntesis de su vida conventual y retirada. La servidumbre del Duque y los concurrentes a sus sermones tanto en San Lúcar, como en otros lugares del mismo señorío, parecían más dispuestos a escuchar primores

---

<sup>5</sup> BAE Volumen 11. *Obras de V.M.P. Fray Luis de Granada –Tomo III-*. Vida de Juan de Ávila, pp. 419-485. Rivadeneyra, Madrid, 1849. Versión digital del ejemplar de la Universidad de Toronto, en Internet Archive-Canadian Libraries: <https://archive.org/details/bibliotecadeauto11madruoft>.

retóricos, que la sencilla palabra de Dios, y a prodigar elogios y aplausos al orador, más bien por los méritos literarios de la composición, que por la santidad de doctrinas que encerraba. Se disgustó sobremanera de su nueva ocupación y deseaba ponerle término. Y se le ofreció muy en breve una oportuna ocasión.

Hacía mucho tiempo que se deseaba fundar un convento de dominicos en Badajoz y mostraban mucho interés en esta empresa tanto los padres de la provincia de Andalucía, a cuya jurisdicción debía pertenecer aquella casa como el duque de Medinasidonia y los demás bienhechores de la Orden. Fr. Luis se ofreció espontáneamente a la ejecución de este designio, para el cual se necesitaban cuantiosas limosnas, y una voz elocuente y eficaz que las arrancase a la piedad de los hombres. Aprobada la idea por los superiores se trasladó a Extremadura y comenzó su tarea con tan feliz éxito, que en breve tiempo se concluyó el edificio y se reunió la comunidad, compuesta de los religiosos que el mismo Fr. Luis había escogido entre los de su provincia. Fue allí donde compuso su célebre *Guía de Pecadores*, libro que se propagó rápidamente por toda Europa y mereció a su autor, ilustres testimonios de aprecio y admiración. También el acoso de la Inquisición y su inclusión en el Index español.

Con el objeto de ilustrar a mis lectores, facilitar su comprensión y establecer un orden recordaré sus principales obras, tantas veces reeditadas y algunas modificadas para escapar a las garras de la Inquisición Española, verdadera cárcel de papel. Recorro a las publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles en los tomos sexto, octavo y undécimo. En el primero de los enunciados con prólogo de Juan José de Mora y una biografía debida al mismo autor, se contiene su Célebre Guía de Pacadores, dedicada a la Muy Magnífica Señora Doña Elvira de Mendoza en Montemayor Nuevo, Edición de 1568; complementado con otra dedicatoria a la Católica Majestad del Rey don Felipe, Muestro Señor, Lisboa de 19 de enero de 1579. Esta dedicatoria se halla también al principio de la edición de Salamanca de 1587. El Símbolo de la Fe del que volveré a ocuparme.

El segundo de los tomos que corresponde al octavo de la Biblioteca de Autores Españoles comprende: el libro De la Oración y Consideración; El Memorial de la Vida Cristiana, las Adiciones al Memorial y Meditaciones muy Devotas. Finalmente el tercero y undécimo de la Biblioteca comprende 13 Sermones del V. P. FR. Luis de Granada a los que de inmediato me referiré por separado. Compendio y Explicación de la Doctrina Cristiana. Breve Memorial y Guía de lo que debe hacer el Cristiano. Discurso sobre el Misterio de la Encarnación de Cristo. Oración al Glorioso Patriarca Santo Domingo. Compendio de la Doctrina Espiritual. Vida del Bienaventurado San Juan Clímaco. Contemptus Mundi. Menosprecio del Mundo. Imitación de Cristo, al que ya me he referido. Vida de Fray Bartolomé de los Mártires. Vida del venerable Juan de Ávila, que también hemos visto, y por último Los Seis libros de la Retórica Eclesiástica o la manera de predicar publicada inicialmente en latín y recién traducida al castellano en 1770. Se trataba de una obra de orientación de predicadores, cuya lectura recomendaría a los sacerdotes actuales que muchas veces ven al sermón dominical como una dura e innecesaria práctica.

## **II. Fray Luis en Portugal.**

Llena ya Castilla de su nombre, observa José Joaquín de Mora, Fray Luis pasó al reino vecino donde el infante Cardenal D. Enrique, hijo del rey don Manuel, y nieto por su madre doña María, de los Reyes Católicos, ocupaba la silla arzobispal de Évora, después de haber actuado algunos años en la de Braga, quien deseó tenerlo a su lado. Y a sus instancias el provincial mandó a Fray Luis que se trasladara a Évora, donde fue recibido con las más vivas demostraciones de afecto, que en definitiva determinaron que el nombrado fuera traslado por su Orden a Portugal. Significaría también que años después, en 1557 y, a pesar de su condición de extranjero, habiendo vacado el provincialato dominicano de Portugal se viera obligado a admitir por especial ruego e instancia de su ilustre amigo D. Enrique el carácter de Provincial de todo el reino.

Esta nueva etapa de su vida, que sería definitiva, acaso le acercó demasiado a cuestiones temporales, en su procura de ensanchar la esfera del bien, porque la provincia bajo su gobierno alcanzó una notable transformación. El vicariato de Santa María de la Luz de Pedrogaon se convirtió en un edificio vasto y bien construido; la fundación del convento de San Antonio en Montemayor: la rica y floreciente población de Alentejo y la agregación del monasterio de Ansele al convento de Santo Domingo de Lisboa, sucesos todos de grave y mucha importancia para la Orden, de los cuales no habría podido salir airoso sin la decidida protección de la reina de Portugal, Catalina, esposa de Juan III e hija de Felipe I de España. Como confesor de la reina, ésta no sólo le consultaba los graves asuntos de Estado, sino que habiendo fallecido fray Baltasar de Lempo, arzobispo de Braga, después de trabajosas dificultades en las que el mismo fray Luis, se halló envuelto, dispuesto a no admitir su designación para tal cargo, se vio en la penosa necesidad de tocar a capítulo y reunida en el coro toda la comunidad, y puesto de pie fray Bartolomé de los Mártires, por orden suya, después de dirigirle una plática, le impuso solemnemente la obligación de aceptar el arzobispado de Braga, para el que lo había presentado la reina, bajo pena de excomunión.

En realidad no estaba satisfecho de estar tanto en contacto con el mundo, añoraba la vida conventual y el silencio de su pequeña celda de retiro. Y cumplido el término señalado por las constituciones de la Orden para el ejercicio de su provincialato se retiró al convento de Lisboa.

Deseaba observar con escrupulosidad todos sus deberes de vida cristiana y religiosa y por eso escogió, durante su residencia en Lisboa, el convento de Nuestra Señora de la Luz de Pedrogaon, que es, relata Luis Muñoz, corona de una alta y descompuesta sierra; queda el monasterio en una ladera por donde baja el río Zezere, acompañada toda de peñascos y árboles silvestres. Está en parte tan encumbrada y alta que, de cualquier parte hay varios precipicios y derrumbaderos que mirando abajo hacen temblar el corazón más animoso, causando miedo grave a la vista.



A pesar de este panorama y aun en la soledad de su celda Fray Luis necesitó, para dar mayor desahogo a sus afectos, buscar el silencio de los campos, donde encontraba al mismo tiempo, el deleite que siempre le producían en el alma los espectáculos grandes y majestuosos de la naturaleza inculta. Los años siguieron transcurriendo mientras él envejecía. Un hecho vendría a menoscabar la paz que al parecer había hallado. La priora del convento de la Anunciada en Lisboa, María de la Visitación era desde 1575 objeto de admiración pública en Portugal, España y varios reinos de Europa. Se contaba de ella prodigios como mercedes que le confería omnipotencia en galardón de sus supuestas virtudes. Sus revelaciones eran frecuentes y asombrosas; tenía estampadas y abiertas en los miembros correspondientes las cinco llagas del Salvador; un resplandor sobrenatural la rodeaba frecuentemente y a veces se levantaba del suelo y quedaba suspensa en el aire.

Fueron innumerables los personajes, los teólogos, los frailes de alta dignidad que dieron crédito a estos portentos. De personas de sangre real, y otras de elevada condición, recibía cuantiosos donativos de pedrerías, metales preciosos y muchos valores.

Doctos y piadosos aspiraron de ponerse bajo su dirección y consultarla en sus tentaciones, dudas y escrúpulos. Sin llegar a esos extremos fray Luis cayó como muchos otros en el engaño. No sólo admitió de buena fe cuanto se refería de aquella mujer sino que censuró a los que de ella se burlaban, teniendo por fabulosas sus comunicaciones con la Divinidad y por ruines artificios los que ella presentaba como señales evidentes de un favor especial. Llegó a escribir una «*Historia de la admirable vida de Sor María de la Visitación, religiosa dominica*», cuyo manuscrito se conserva en el monasterio del Escorial.

Entretanto el cardenal infante D. Alberto, gobernador e inquisidor general del Reino, habiendo concebido algunas sospechas acerca de la veracidad de la monja, nombró una comisión para que indagase la realidad de aquellas maravillas. La componían dos obispos, dos consejeros, un jesuita y un prelado dominicano. En su primera declaración la impostora refirió con

menuda prolijidad una larga serie de prodigios que Dios había obrado en ella y de gracias singulares y todas sobrenaturales que le había concedido, algunas de ellas tan indignas de la majestad del Ser Supremo, tan incompatibles con su sabiduría, que su simple narración bastaba para declarar convicta aquella mujer de profanación, hipocresía y embuste y además procedieron a examinar repetidas veces personalmente las llagas haciendo en ellas diversos experimentos para asegurarse de su realidad. Estas pruebas descubrieron el engaño, entonces se echó de ver que la insensata no había tenido siquiera la astucia necesaria para sostener su papel y dar algunos visos de verosimilitud a sus fábulas y viéndose descubierta confesó paladinamente todos sus extravíos, se mostró avergonzada y arrepentida y fue condenada a una severa penitencia.

No eran habituales, pero sí frecuentes, estos episodios y Fray Luis, aunque habló muchas veces con la monja, nunca en realidad pudo verla, ya que estaba casi ciego y con anteojos apenas veía lo que tenía cerca de sus ojos.

Cuando se comprobó la superchería sufrió un amargo desengaño, con mayor pesadumbre por la culpa en que había incurrido la monja, que por la herida que podría recibir su reputación; y lejos de obstinarse en su error, dio gracias a Dios por haber permitido el descubrimiento de la verdad, y preservado a la Iglesia del desdoro que habría traído en sí el triunfo de la mentira. Ello le determinó a expresar en un sermón, cuyo fin era manifestar el aprovechamiento que pueden sacar las almas virtuosas de estos grandes escándalos promovidos por los que cubren con el velo de la religión la falsedad de los vicios y excesos de la vanidad sacrílega. Reprende la extrañeza con que se reciben en el mundo los yerros de las personas consagradas a la Religión, ya que todo debe temerse de la flaqueza de la humanidad y a todos comprende el dicho de S. Jerónimo: *«Mientras vivimos en este cuerpo frágil, mientras tenemos el tesoro de vasos de barro quebradizo ya apetece el espíritu contra la carne y la carne contra el espíritu, no puede haber victoria cierta»*.

Y, con tal criterio, exhorta a los cristianos a temer y desconfiar de sí mismo, por muy aventajados que se crean en la práctica de la virtud, viendo con cuanta facilidad caen en pecado los que viven consagrados a Dios y fuera del alcance de las tentaciones y peligros del mundo. Y habla del escándalo manifestando en toda su fealdad la culpa del que lo comete y la del que se aprovecha de aquella ocasión para desacreditar las prácticas religiosas y denostar a los que viven en el retiro y la meditación.

El anciano se sentía herido; afrontaba desde bastante tiempo atrás dolores físicos que le abrumaban, sin que dejara trascender públicamente sus padecimientos, que sólo reservaba santamente para sí, como una forma de expiación de sus pecados. Y junto con la conclusión del texto de aquel último sermón, que profundizaremos, se avecinaba su próximo fallecimiento, ocurrido el 31 de diciembre de 1588, en horas de la tarde.

### **III. El orador sagrado.**

La elevación espiritual de Fray Luis y su humilde descenso compasivo a las miserias humanas está santamente evidenciado en trece notables sermones, que corresponden a las más importantes fiestas de guardar según el calendario eclesiástico de la época.<sup>6</sup>

#### **1. El primer sermón. La Circuncisión del Señor.**

El primero de ellos concerniente a la Circuncisión del Señor, sirvió de motivo para que el predicador exhortara a reflexionar, comentando el capítulo segundo del Evangelio de San Lucas, que, tras el octavo día de su nacimiento, el Niño Dios quiso comenzar el oficio de redentor, que es padecer trabajos y derramar su sangre, por remedio de los hombres. Recordó también debían apreciar el dolor del corazón de la Virgen cuando vio que su hijo comenzaba en tan tierna edad a perder su carne y su sangre y con cuanto sentimiento y devoción acogería a aquellas preciosas reliquias. Les

---

<sup>6</sup> BAE, Tomo Undécimo tercero de las obras escogidas de Fray Luis de Granada. Madrid, 1849.

invitó igualmente, apelando a su pía devoción, a contemplar el llanto del niño por el dolor de su herida, que en muchos casos similares acontecía morir, y en esa humanidad divina tanto más delicada como un anticipo de su supremo sacrificio futuro en la cruz. Después de citar a San Bernardo que lo denominó cordero sin mancilla aunque quiso ser circuncidado, él que no tenía herida, tomó, sin embargo, la venda.

El orador amonesta con severidad: *«No lo hace así la perversidad de la soberbia humana, que tiene vergüenza de los remedios, gloriándose a veces en las mismas culpas; malos en lo uno, peores en lo otro. El que no supo qué cosa era pecado, no se desdeñó de parecer pecador; nosotros no lo queremos parecer, y queremoslo ser»*.

Y declara de inmediato que el infante fue llamado Jesús o sea Salvador después de circuncidado. Nombre glorioso a quien invoca para que no lo deje seguir el ímpetu bestial de sus pasiones; le defiende de la indignidad de su alma; para que no sea esclavo del mundo, ni tenga por ley de su vida a tantos locos; los apetitos de su propia carne; de los vanos deseos y los vanos temores.

Esta es la salud que Jesús trajo al mundo. Jesús nombre glorioso, nombre inestimable, espanto de los demonios. Miel en la boca, melodía y música en las orejas; hermosura en los ojos y alegría en el corazón.

Es el nombre con cuya invocación los pecadores se salvan; nombre de todo consuelo, nombre glorioso, digno de estar escrito y grabado en el corazón. Invoca finalmente a Anselmo: *«Muestra Jesús el ejemplo de tu nombre»*.

Fray Luis, buceador de almas, descubría en ellas señales de hastío por los excesos de variada índole cometidos y con la elocuencia de sus palabras les incitaba a la perfección, al examen de su conciencia aletargada, al arrepentimiento y a la contrición. Provenía de humilde cuna, hecho que nunca le avergonzó, de ahí su opción por los pobres y el recuerdo siempre del Salvador, nacido en un establo, de una mísera población fronteriza del engraido imperio romano.

Eran palabras conmovedoras, hechos e imágenes incontrastables, nunca truculentas, que sin embargo respondían a una cuidadosa elaboración. Como confiaría en una de sus obras, que ha superado el moho del tiempo y el olvido. *De la misma manera que los cazadores tienen a sus halcones hambrientos para que acometan mejor las aves el predicador para su espiritual montería de las almas, también debe prepararse perseverando en oración, suplicando humildemente al Gobernador de la Sabiduría que le conceda pureza de intención y a los oyentes deseos de aprovechar.* Recuerda a cierto piadosísimo orador (quizás el mismo) que hacía al Creador, Nuestro Señor, oración, no sólo con muchas lágrimas sino con rigurosas disciplinas.

Y al día siguiente celebre con la mayor humildad y devoción que pudiere, los sagrados misterios de la misa y llevar consigo al púlpito y antes de comenzar a predicar, dirija cuanto ha de decir a la mayor gloria del Señor, pensando solamente en su gloria; conjure y deteste toda vanidad y ofrezca a Dios.

## **2. El segundo sermón. Adoración de los Reyes Magos.**

En la fiesta de los Reyes, segundo sermón, fray Luis alabó la enorme devoción de los viajeros, que venidos desde muy lejanas tierras se pusieron en tan y peligroso camino para ver con sus ojos corporales al que ya habían visto en sus almas, teniéndose por bienaventurados con esta vista, no les ofendió la bajeza y la pobreza de ese lugar del mundo y ofrecieron oro, incienso y mirra.

Visto esto el predicador reclama a los fieles: *«Ofrece tu, la oración que levanta la luz de la tierra al cielo y vale contra todos los torpes apetitos de la carne».*

## **3. El tercer sermón. La epifanía.**

El tercer sermón correspondió a las octavas de la epifanía, en la cual se canta el evangelio del niño perdido, que escribe Lucas en el segundo capítulo. Reflexionó Fray Luis para instrucción de los cristianos, que luego de ese suceso, Cristo calló hasta tener edad

conveniente para enseñar y seamos nosotros llamados por Dios a este ministerio de la predicación del Evangelio. Aprovechó el santo predicador para recordar a los fieles que Cristo como su padre José había trabajado sumiso y obediente como modesto carpintero hasta la edad de treinta años. Ponía de manifiesto su reiterada opción por los pobres.

Siguió luego el cuarto sermón, la fiesta de la purificación de Nuestra Señora cuando ella llevó al Niño Jesús para presentarlo a Nuestro Señor como estaba escrito en la ley a pesar de que estaba exenta y en esa oportunidad no ofreció un cordero como estilaban los ricos sino dos tórtolas o palominos como hacían los pobres. Y se nos presenta el ejemplo de los ejercicios de ayuno y templanza de la santa viuda Ana, quien ya tenía ochenta y cuatro años de edad. Sus santas palabras de la ocasión derivan en una cita de Isaías: *«...a los que por Él renuncian todos los consuelos y regalos del cuerpo, Él los hinche de los consuelos de su divino espíritu para siempre»*.

#### **4. El cuarto sermón. Fiesta de la Anunciación.**

El cuarto sermón corresponde a la Fiesta de la Anunciación. También inspirado en el Evangelio de San Lucas, capítulo quinto.

Cuando el ángel Gabriel fue enviado por Dios a la ciudad de Nazaret, provincia de Galilea, a una virgen, María, desposada con un varón llamado José, de la casa de David. Fray Luis invita a considerar que cuando la Virgen dijo aquellas palabras en ese punto se juntó el Verbo divino con la naturaleza humana en las entrañas de la Virgen, por obra de toda la Santísima Trinidad, aunque se atribuye esta obra en particularidad al Espíritu Santo. Inspira la santa admiración de sus oyentes con persuasivos argumentos finales: *«Quién podrá entender o decir las maravillas que en este punto fueron obradas en las entrañas de la Virgen? ¿Quién podrá declarar los sentimientos y afectos del corazón de esta Señora y la entrada de toda la Santísima Trinidad? Quede esto cubierto con sagrado silencio para la consideración de las almas devotas»*.

### 5. El sexto sermón. La Resurrección del Señor.

Fue pronunciado el domingo de la Resurrección del Señor. Inspirado en el evangelio de San Juan, capítulo sexto.

Dividió el sermón en tres iluminados párrafos, en los cuales efectúa en primer término piadosas consideraciones, para luego referirse a su gloriosa Resurrección y de inmediato su aparición a nuestra Santísima Madre.

La elocuencia de Fray Luis adquiere contornos maravillosos: *«Estaría la Santísima Virgen en aquella hora orando y esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón y como piadosa leona daba voces al Hijo muerto, diciendo: ¡Levantaos, gloria mía, levantaos salterio y vihuela; volved triunfador al mundo; recoged, buen pastor, vuestro ganado; oíd los clamores de vuestra afligida madre; y puesto que estos fueron parte para os hacer bajar del cielo a la tierra, os hagan ahora subir del infierno al mundo!»*. En medio de estas lágrimas y clamores resplandeció súbitamente el aposento con la luz gloriosa y pónese el Hijo delante de su Madre, vivo y glorioso».

No sale tan hermoso el lucero de la mañana, ni resplandece tan claro el sol de mediodía, como resplandeció en los ojos de la Madre aquel rostro lleno de gracias. Ante este consuelo que concede a su Madre, Fray Luis celebra jubiloso: *«¡Oh Señor como sabéis consolar a los desconsolados por vuestra causa!»* Ya no le parece grande aquella primer pena en comparación con esta alegría. Así consoláis a los que por vos padecen, bienaventuradas y dichosas todas sus pasiones; pues así han de ser remuneradas.

### 6. El séptimo sermón. Ascensión del Señor.

Hoy celebra –declara Fray Luis– la Santa Madre Iglesia una de las más principales fiestas del año. Esta es de la subida del Señor al cielo, la cual como dice San Bernardo, es el fin de todas las fiestas de Cristo. Dichoso término de rodos sus caminos y trabajos. El es el que descendió y subió sobre todos los cielos para el cumplimiento de todas las cosas necesarias para nuestra salvación

Para tratar algo de esta fiesta tan gloriosa, en lugar de Evangelio, digamos con brevedad la historia de ella, como se puede colegir de San Lucas en las Actas de los Apóstoles; luego en segundo lugar diremos el misterio de esta subida y en tercero, de los frutos que de ella nos crecieron.

En cuanto a lo primero San Lucas dice que pasados cuarenta días después de la Resurrección, después de haber el Señor en todo este tiempo aparecido muchas veces a sus discípulos, como ya llegase la hora de su gloriosa subida, llamólos a todos y sacándolos fuera de Jerusalén llevólos al monte Olivete, que es junto a Betania. Y junto a esa religiosa compañía comienza el Señor a dar orden en lo que después de partida habían de hacer y díjoles: Vosotros seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, en toda la tierra. Id pues con la bendición de mi Padre a todas las regiones del mundo y por todas las islas del mar, y predicad mi Evangelio a toda criatura, y dad estas buenas nuevas al mundo.

Yo os envío como me envió mi Padre. Desengañad a los hombres; perdonad los pecados, hacedlos participantes de mis trabajos y de mi muerte. Decidle a todos que no amen la vanidad y las cosas transitorias y las riquezas perecederas, que teman a Dios, que hay juicio y día de cuenta; que Dios es testigo y juez de sus obras, que ha de premiar a los buenos y castigar a los malos; a los unos con la gloria eterna y a los otros con penas eternas.

Resalta que el principal fin porque la Iglesia celebra las fiestas de nuestro Salvador (dejando aparte su imitación) es encender nuestros corazones en su amor, para que la consideración de su ejemplo nos haga crecer primeramente en las altísimas virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, con las cuales adoramos directamente a Dios

No hay que desconfiar, sino mucho con qué confiar y decir con San Agustín « *Donde reina mi carne, allí pienso yo reinar; y donde enseñorea mi sangre, pienso yo seré señor* ». Hay otro consuelo grande para el hombre que aquel a quien Dios puso por procurador y proveedor de todo el bien para los hombres, a cuyo cargo está el proveer todas nuestras necesidades, el que ha de ser nuestro juez, y nos ha de premiar, ese es El, que nos amó tanto y que tomó a su



cargo nuestro remedio; tan a su costa, que se hizo hombre por nosotros, y trabajó treinta y tres años por nosotros, se puso una cruz por nosotros y hoy sube a tomar posesión de los bienes eternos, por nosotros.

### **7. Noveno sermón. Fiesta de Pentecostés.**

Explicará decisivamente Fray Luis que es precepto de los retóricos que la mejor parte de la oración se guarde para la postre, porque se queden los oyentes con este dulce en los labios, juzguen del todo de la oración por este buen dejo.

Este artificio parece que guardó la divina sabiduría en el proceso de la vida de nuestro Salvador. Porque la acaba con la más dulce despedida y más alto misterio que podía ser, que fue con la venida del Espíritu Santo sobre aquella nueva Iglesia.

Cuánta sea la dignidad de este misterio entenderá algo el que considerare que todos los otros pasos y misterios de la vida de Cristo se ordenaron como medios a este fin. Que así como por nosotros bajó del cielo, así por nosotros conversó en el mundo, predicó, hizo maravillas, murió, resucitó y subió a los cielos; en todos estos misterios obró nuestra salvación, y porque toda esta consiste en tener al Espíritu Santo en nuestras almas, síguese que a este fin fueron ordenados todos los otros misterios, como medios. Y así es que la nobleza de los medios da testimonio de la nobleza del fin.

De Santa Catalina de Siena leemos que volviendo en sí de un grande raptó que había tenido en una oración, comenzó a repetir muchas veces estas palabras: «Vi *los misterios escondidos que no se pueden decir*», y como su confesor le rogase que declarase alguna de las cosas que había visto manifestó que lo visto excede la grandeza de nuestro entendimiento y no hay palabras con que pueda declarar.

«... Y así de una llamarada salida de sus corazones por sus bocas abrazaron tres mil hombres; de otra, otro día, cinco mil; y así cada día fueron abrasando el mundo, hasta llegar sus llamas a los fines de la tierra, haciendo que Dios que solamente era

*conocido (mal servido) en Judea, fuese conocido en todo el mundo».*

### **8. Décimo sermón. Fiesta del Santísimo Sacramento.**

Sobre el Evangelio de San Juan que dice (Capítulo IX). En aquel tiempo dijo el Señor a sus discípulos: Mi carne es verdaderamente manjar y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él. Como me envió mi Padre, que vive como yo vivo por el Padre; así el que me comiere, vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo, como aquel Maná que comieron nuestros padres y murieron. El que come este pan vivirá para siempre. Hasta aquí las palabras del santo Evangelio.

La primera virtud y efecto de este sacramento es dar gracia. Que así Dios quiso que otro segundo Adán fuese causa de la salud del mundo.

### **9. Asunción de Nuestra señora. Capítulo X de Lucas.**

Entre todas las fiestas que la Santa Iglesia celebra de Nuestra Señora, esta es la más gloriosa, porque en todas las otras (por grandes que sean) siempre se mezcló algún poco de trabajo y amargura porque todo cuanto hay en esta vida tiene mezcla del lugar donde estamos, que es destierro y valle de lágrimas; más esta fiesta (que ya no es de esta vida) está libre de estos tributos y no sólo no hallamos en ella lo que en otras (mezcla de amargura) antes un finiquito de toda pesadumbre.

A ella debemos acudir en todos nuestros trabajos y necesidades, a ella oremos, a ella nos encomendemos, pues ella es nuestra medianera, para con su Hijo, como él los es para con el Padre. Roguemos pues al Hijo por su Madre, al Padre por su hijo, que nos de perseverancia en su gracia, y después la gloria.

### **10. Undécimo sermón. Fiesta de todos los santos. Evangelio de San Mateo, Capítulo V.**

Una de las cosas que más suele mover los hombres al trabajo es la esperanza del premio, cuanto más cuanto lo esperan mayor. Porque como sea tan grande la fuerza del propio amor, todas las veces que se le pone delante algún bien, da de espuelas al corazón para que se ponga al trabajo para alcanzarlo.

Corramos pues, ahora, que es tiempo, hermanos, démonos prisa por alcanzar este bien. Desembarazaos de los cuidados de la hacienda, no os engañen las promesas del mundo, no os detengan los halagos de nuestra sensualidad. Cortad de una vez todas las prisiones que os detienen en el mundo.

Mirad cuanto son los que dan voces y convidan a esta fiesta. El Espíritu Santo con sus interiores inspiraciones siempre os llama; la esposa de Cristo, que es la Iglesia, os llama con sus divinos oficios y misterios que cada día celebra. Los que están ya llamados y asentados a esta mesa por gracia, arden con el celo de teneros por compañeros, y con sus oraciones y lágrimas lo piden a Dios; y os llaman con el ejemplo de sus vidas. El cielo y la tierra, y todo lo que en ellos hay, cada cosa en su manera, nos está llamando y nos convida a esta fiesta, y nos predica este descanso, y nos promete esta corona, y nos sirven para esta jornada. Entendamos pues, cual sea este bien que nos espera; pues a todo lo criado tiene puesto en cuidado de vernos gozar y desde aquí por gracia, lo que allá nos ha de dar por gloria.

### **11. Duodécimo sermón. Concepción de Nuestra Señora.**

Dijo: Hoy celebra la Santa Madre Iglesia, fiesta de la concepción de Nuestra Señora. Y con mucha razón por cierto celebramos el día en que fue concebida la que fue principio de nuestra vida; puerta de nuestro remedio, llave de nuestra libertad, medianera de nuestra redención. Mucha razón tenemos para decir: bendito sea el año, el mes, la semana, el día, la hora y el punto en que éste mundo recibió tanto bien, que fue concebida la que había

de concebir a nuestro Redentor, la que había de ser templo vivo de toda la Santísima Trinidad, de este templo habla David cuando dijo: (Salmos) « *A vuestra casa, Señor, conviene la santidad en la Largura de los días*».

Esta es la fiesta que hoy celebra la Iglesia para muchos efectos. El primero para dar gracias al Señor que nos dio esta verdadera Madre, restauradora de más, que nos quitó la primera, que nos fue madrastra: aquella principio de nuestra perdición; y ésta de nuestra redención. Lo segundo para despertar en nosotros una grande admiración de la sabiduría, bondad, y omnipotencia de Dios, que pudo, supo y quiso, poner un tan grande tesoro y conservarle en vaso tan flaco, y criar la mayor perfección de esta Sacratísima Virgen, porque conociéndola la amemos, y amándola, la procuremos imitar; imitándola, la convoquemos; invocándola, ella nos alcance la gracia, por la cual la veamos, después de esta vida, en la gloria.

Décimo tercer sermón. Nacimiento De Nuestro Señor. Evangelio de San Lucas Capitulo Segundo. Capítulo XIII.

*«En aquel tiempo se publicó un edicto de César Augusto, en el cual mandaba que se encabezase todo el mundo. Este primer encabezamiento fue hecho por Cirino, presidente de Siria. Mándase que todos fuesen cada uno a su tierra, a inscribirse y pagar cierta moneda, y profesar obediencia al Imperio Romano. Pues conformándose con esta ley, subió Josef de la provincia de Galilea, y de la ciudad de Nazaret a la provincia de Judea y de la ciudad de David, que se llamaba Belem, porque era de la casa y familia de David, para protestar allí con María, esposa suya, que iba preñada. Y acaeció que estando allí, se cumplieron los días de su parto y parió su hijo primogénito, envolvióse en pañales, y acostole en un pesebre, porque no había otro lugar en aquel mesón».*

Vengamos ahora al misterio. Uno de los más dulces pasos de la vida de nuestro Redentor es este, y más lleno de maravillas y doctrinas. En este día, dice la Iglesia los cielos destilan miel; y en este nos amaneció el día de la Redención nueva, de la reparación antigua y de la felicidad eterna.

*«Considera más, que si los ángeles en tal día cantaron solemnemente este misterio con glorias y alabanzas, dando gracias por la redención que vino del cielo, no siendo ellos los redimidos, ¿Qué deben hacer los que fueron redimidos y reparados por ella?».*

#### **IV. Error y expiación.**

Sor María de la Visitación de Nuestra Señora, quien en el mundo se llamara María Meneses, nacida en 1551 profesa en 1568 en el convento de Lisboa, y que desde 1575 supuestamente exhibiera los estigmas de Cristo y por esa superchería alcanzó el priorato sin haber cumplido la edad mínima, aunque, en definitiva, resultara descubierta cuando se rebeló contra Felipe II en 1580. Fray Luis se encontró entre los defensores de la religiosa, aunque mantuvo una posición equidistante respecto de la legitimidad de los títulos del rey de España como heredero del trono portugués vacante por la muerte, sin descendencia de Sebastián I.

Comprobada la impostura de la monja consideró adecuado explicar las razones de su defensa. En víspera de su fallecimiento, concluido el sermón, que nunca pronunciaría y que sería conocido después de su muerte, dejó un aviso de su pluma dirigido al Cristiano Lector.

Expresaba textualmente:

**«Costumbre ha sido siempre en la Iglesia** de todos los ministros de la palabra de Dios, acudir con su doctrina a las necesidades espirituales de ella; y de aquí procedieron tantos libros que en diversos tiempos se han escrito contra las diversas herejías, y otros que trataron de la Divina Providencia, contra los que (viendo las calamidades y desórdenes de la vida humana) la negaron. Y no sólo con sus escrituras, sino mucho más, con la doctrina de sus sermones, procuraron ocurrir a estas necesidades, alumbrando y desengañando a gente de poco saber.

Pues, considerando yo ahora unas necesidades que se ha ofrecido en nuestros tiempos y a que los predicadores y ministros de la palabra de Dios deben acudir, ya que por causa de la edad no

---

puedo ejercitar este oficio, quise con el favor divino ayudar algo con la escritura suplicando a Nuestro Señor, muy de corazón, quiera El, dar virtud estas palabras, para que prendan en los corazones de los que las leyeren y les den luz y conocimiento de lo que en semejantes ocasiones deben hacer. Y si esta escritura no bastare para frenar lo que en estos casos hablan con tan poca caridad y mucha soltura, a lo menos aprovechará a los flacos y pusilánimes, para que ayudándoles Nuestro Señor no desmayen ni desistan de sus buenas obras y propósitos; *y de aquí procedieran tantos libros que en diversos tiempos se han escrito contra diversas herejías, y otros que trataron de la Divina Providencia, contra los que viendo las calamidades y desórdenes de la vida humana la negaron. Y si esta escritura no bastare para frenar lo que en estos casos hallen con poca caridad y de mucha soltura, a lo menos aprovechará a los imperfectos, a los flacos y pusilánimes, para ayudándoles Nuestro Señor no desmayen ni desistan de sus buenas obras y santos propósitos»*

*¿Por qué Dios permite estas caídas y escándalos en este mundo?*

Responde y recomienda: El uso y la frecuencia del Santísimo Sacramento y de la frecuencia que de él tenemos para la defensa de nuestros espirituales enemigos. Aparejo y disposición que se requiere para la sagrada Comunión. De los avisos para los flacos e imperfectos en la virtud.

Recordó inicialmente palabras de San Pablo en la segunda carta a los corintios *¿Quién esta flaco en el espíritu que no me compadezca de él? y ¿Quién se escandaliza de que yo me abrace con él?*

Y añade, destacando a nuestro glorioso padre santo Tomás que en una muy devota oración pide a Nuestro Señor muchas virtudes y gracias y una de las principales, siendo tantas las alteraciones y mudanzas de esta vida, nunca desfallezcamos ante las prosperidades y adversidades de ella, sino que en las prosperidades se le de gracias y en las adversidades se tenga paciencia; y así ni de las unas se levante y envanezca, ni en las otras se acobarde y desmaye.

A continuación en lo relativo a los malos ejemplos que se ofrecen en la vida, distingue como el más dañoso cuando una persona tenida en gran reputación de santidad, viene a caer en algún público pecado, porque aquí es donde los buenos lloran, los malos ríen, los flacos desmayan y, finalmente, así todos se escandalizan y pierden el crédito de la virtud de los buenos.

Abundante en consideraciones y ejemplos este último escrito del fraile granadino voy a exponer sus conceptos básicos, en honor a la brevedad. Este último trabajo dividido en diez secciones o capítulos, está configurado sistemáticamente en una escala ascendente que enriquece su análisis. En primer término el sentimiento que producen las caídas públicas y el consiguiente escándalo al que Dios castiga, circunstancia que permite a Fray Luis, precisar desde el rigor de la teología, que consiste en cualquier palabra u obra, con los que damos a otros motivos para pecar o apartarse del camino de la virtud. Va añadir de inmediato una reprehensión a los flacos y los débiles, que por vanos temores, aflojen sus buenos propósitos. Reclama ¡Qué lejos están de aquellas palabras del apóstol! «¿Quién nos apartará de la caridad y el amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la desnudez, el hambre, el peligro, la persecución, la espada? ¿Está en vosotros la virtud asida por alfileres, pues tan pequeñas ocasiones, para hacérosla dejar?

Dios permite que seáis tentados para que se manifieste si amáis a Dios con todo vuestro corazón y ánimo y permite desándalos en la Iglesia para que por ellos el perfecto o imperfecto, el fuerte o el flaco, sean conocidos. Recomiendo la frecuencia y el uso del Santísimo Sacramento.

Por dicho motivo la Iglesia manda dar cada noche un pregón general por todas las Iglesias de la Cristiandad apercibiéndonos de la batalla contra el mal. Porque la vida del hombre es una batalla perpetua contra enemigos crueles y perversos y se pregunta ¿cómo vivimos tan desapercibidos y descuidados? ¿Qué es la oración? ¿Qué es de la guarda de los sentidos?

Tres géneros de armas usaban los cristianos de la primitiva Iglesia, que eran los continuos sermones; la sagrada Comunión y la

constante oración. En cuanto a la segunda recuerda un adecuado aparejo y disposición y acude a San Cirilo, quien dice que el Sacratísimo Cuerpo da vida a los que dignamente lo reciben. Y los convierte en incorruptibles e inmortales.

Fue su última enseñanza, en él resume los principios religiosos y teológicos que inspiraron su vida y su prédica. Se atisban las doctrinas que sustentara en cada una de sus obras: Guía de Pecadores; Símbolo de la Fe; La oración y su consideración, entre las principales.

Por ello opino que resulta implacable la omisión de su nombre en la Carta Apostólica de Benedicto XVI y me atrevo a manifestar que su contenido despierta en mí la sospecha de una rigidez interpretativa que no consideró la bondad y llaneza de sus escritos, su santidad de vida, circunstancias que despertaran tantas vocaciones e iluminaran de eternidad a tantas almas y por el contrario otorgó una dimensión desmesurada a una errónea apreciación sobre la conducta y los actos de Sor María de la Visitación de Nuestra Señora del Convento dominico de la Anunciada de Lisboa.<sup>7</sup>

## V. Mi criterio.

El espíritu de santidad de Fray Luis ya le era reconocido en vida. No solamente Santa Teresa de Jesús recomendaba sus obras a novicias y monjas, sino que a instancias del arzobispo de Évora, Antonio de Berganza, gran amigo de ambos, sostuvo con Fray Luis frecuente correspondencia que se inició en estos términos: «*Al Padre Maestro fr. Luis de Granada: La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. P. Amen. De las muchas personas que aman a V. P. en el Señor, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias a Su Majestad por haberle dado a V. P. para tan grande y universal bien de las almas, soy yo, una; y*

---

<sup>7</sup> Ello explicaría que en el ejemplar que tengo a la vista de “Obras de Santa Teresa. Edición y Notas del P. Silverio de Santa Teresa. 5ª edición. Burgos. Editorial del Monte Carmelo 1954 no se incluya carta alguna de la copiosa correspondencia que existió entre la Santa, San Juan de la Cruz y fray Luis.



*entiendo de mí, que por ningún trabajo hubiera dejado de ver a quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera, conforme mi estado y ser mujer; porque sin esta causa la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el Sr. D. Teutonio me ha mandado escribirés xta; más fiada en la obediencia, espero en Nuestro Señor me ha de aprovechar para que V. PO. se acuerde alguna vez de encomendarme a Nuestro Señor: que tengo de ello gran necesidad, por andar con poco caudal puesta en los ojos del mundo; sin tener ninguno para hacer verdad algo de lo que imaginan de mí. Entender V. P. esto, basta a hacerme esta verdad y limosna, pues bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es para quien ha vivido un vida harto ruin. Por serlo tanto, me he atrevido muchas veces a pedir a Nuestro Señor la vida de V. P. sea muy larga, Plegue a Su Majestad me haga esta merced. Vaya V. P. creciendo en santidad y amor suyo. Amen. Indigna sierva y súbdita de V.P. – Teresa de Jesús. Carmelita».<sup>8</sup>*

En la Introducción del Símbolo de la Fe, cuyo objeto era que las criaturas vengan al conocimiento del Criador y Señor creador y sus Divinas perfecciones. Servirá también para reforzar nuestra confianza. Porque considerando el hombre cuan perfecta es su divina bondad provee de lo necesario a todos los animales por pequeños que sean, como es la hormiga, el mosquito, a las arañas y otros semejantes verá claro cuanta razón tiene para fiar en Dios, que no faltará a la más noble de sus criaturas para cuyo servicio crió todo el mundo inferior, en lo que fuere necesario para la provisión de su cuerpo y santificación de su ánima.

Esteta literario y prosista de la ascesis y la mística, estos delicados y bellos conceptos de Fray Luis, no escaparon a la sensibilidad de un anárquico rapsoda del siglo XX, Federico García Lorca, quien pudo coincidir con él que la sabiduría de Dios y su divina providencia resplandece más en las cosas pequeñas y reconoce en él al granadino, humilde y preciosista, hombre de

---

<sup>8</sup> B.A.E. Tomo Sexto, p. XXVIII.

rincón y hombre de miradas, como todo buen granadino. Así escribirá en Impresiones:

*«Es fray Luis de Granada, quien en la introducción al símbolo de la fe, habla de cómo resplandece más la sabiduría y providencia de Dios en las cosas pequeñas que en las grandes, humilde y preciosista, hombre de rincón y maestro de miradas, como todos los buenos granadinos».*<sup>9</sup>

Antes con bastante jactancia ha dicho que cuando el castellano es apto para describir los elementos de la naturaleza y flexible hasta el punto de estar dispuesto para las más agudas construcciones místicas, tiene Fray Luis de Granada delectaciones descriptivas de cosas y objetos pequeñísimos.

A su modo el austero fraile y el impetuoso músico popular y dramaturgo se reconocen como amaradas en la belleza de la miniatura.

Sin embargo algún espíritu adusto encuentre en esta sensibilidad recíproca simplemente aristas terrenales; por ello voy a ocuparme de algunas definiciones esenciales debidas a la pluma de Fray Luis. Insistiré:

El Símbolo de la Fe, tuvo por argumento meditar sobre la creación del mundo para venir por las criaturas al conocimiento del Criador y de sus divinas perfecciones.

En ese aspecto merece tenerse en cuenta el Diálogo III relativo al Misterio de la Santísima Trinidad, ocasión en que el Maestro responde al catecúmeno que para tratar esta materia conviene primeramente pedir licencia a Nuestro Señor para entrar en este Santuario, también pedir luz para ver lo que está encumbrado sobre todo lo creado. Y además de esto debida reverencia y templanza para tratar de tan gran misterio: el cual más debe ser adorado que escudriñado.

Por lo cual dijo Tulio que era cosa peligrosa tratar de Dios, aunque digamos la verdad, si no la decimos con aquel temor y reverencia que conviene a tan grande Majestad. Con lo cual concuerda con lo que enseña Pablo en su Epístola a los Romanos que no queramos saber más de lo que nos conviene saber; sino que

---

<sup>9</sup> Impresiones. Granada, paraíso cerrado para muchos.

en esta parte tengamos medida y templanza. Ya Salomón nos declara el peligro de la destemplanza diciendo que así como es cosa dañosa comer gran cantidad de miel, así el escudriñador de la Majestad será oprimido de la gloria. Habréis de saber que este artículo de la fe de la Santísima Trinidad fue necesario declararse más distintamente en el Nuevo Testamento que en el viejo a causa de la Encarnación, lo cual no se podía entender sino entendido este sacramento de las tres personas divinas. Más en el Nuevo Testamento este artículo de fe está en muchos lugares declarado. Así dice San Juan: Son tres los que dan testimonio en el cielo: El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo. Y el Salvador enviando a sus discípulos a predicar el Evangelio por todo el mundo dijo: Id y enseñad a todas las gentes bautizándolas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pocas veces, sino nunca, se ha expresado con tanta sencillez y claridad el misterio de Santísima Trinidad. Y seguramente nunca con tanta elocuencia y énfasis. Me atrevo a afirmar que por inspiración directa de la Divina Providencia. Por el ejemplo de su vida, la pulcritud de sus frases, su humildad y entrega, merece ser canonizado.<sup>10</sup>

Tomaré en principio palabras del vice-postulador de la causa de beatificación, el Padre Fernando Aporta, quien recuerda que aunque no declarado oficialmente santo ha sido considerado como tal tanto en vida como después de su muerte. San Juan de Ribera quiso traer sus restos a la capilla de Corpus en Valencia, pensando que sería canonizado al poco tiempo. Sin embargo el proceso no se inició por causas políticas y religiosas, ya que habiendo fallecido en Lisboa, el proceso debía iniciarse en esa ciudad. Sólo el trabajo conjunto de las provincias dominicas de Andalucía y Portugal en 1986, permitió la apertura del proceso en 1988, cerrado en 1997. No me satisface el retroceso manifiesto que ha significado la Carta Apostólica de Benedicto XVI de 2012. La existencia comprobada de un manuscrito inédito de Fray Luis sobre la admirable vida de sor María de la Visitación de Nuestra Señora, priora del convento de la Anunciada de Lisboa no puede ser considerado como factor

---

<sup>10</sup> B.A.E. Tomo Sexto, pp. 547-548.

---

de influencia, para excluir la posibilidad de su canonización, que de hecho le es reconocida. Recordaré entonces el sermón de expiación que estimo reivindica la espiritualidad y santidad del fraile de manera determinante. Hay en ese sermón, demasiado extenso para ser pronunciado, una magnífica justificación de su conducta. También significa, como arista humana, la despedida ciceroniana de un gramático, un poeta en prosa, y un gran predicador, porque hay orden temático, lirismo de ilusiones marchitas y exhortación a los fieles, sin discriminación de jerarquías o cultura, en el anhelo de santidad. Su fin era recomendar el aprovechamiento que debían alcanzar las almas virtuosas de estos grandes escándalos promovidos por los que cubren el velo de la religión, la fealdad de los vicios y excesos de la vanidad sacrílega. Reprende la extrañeza con que se reciben en el mundo los yerros de las personas consagradas a la religión, ya que todo debe temerse de la flaqueza de la humanidad, y a todos comprende el dicho de San Jerónimo: *«Mientras vivimos en este cuerpo frágil, tenemos este tesoro en vasos de barro quebradizo y apetece el espíritu contra la carne y la carne contra el espíritu, no haber victoria cierta»*

No se muestra a lo largo de su vida y de su obra como un pesimista de la naturaleza humana, aunque la considera endeble y próxima siempre a la caída en el pecado, sin olvidar la reivindicación cierta del sacramento de la penitencia, he ahí por qué desdentado, padeciendo desde varios años atrás múltiples dolores corporales, casi ciego, resulte notable la solidez de su defensa en ese escrito postrero; la dignidad con la que la asume sin negar, la que reconoce como negligente caída. Esa es una de las razones por las cuales consideré razonable la elección del título del presente trabajo, en el que están comprendidos el hombre sujeto a pecado por nuestra culpa original; el predicador, el humanista y el escritor que nos muestra el anhelante misticismo propio de las almas sensibles, elogiándolo, pero sin asumirlo, consciente de sus limitaciones por una cuestión de temperamento.

Fray Luis fue un hombre de su tiempo, manso por auto-disciplina, humilde siempre, pero enérgico defensor de la Iglesia de

Cristo, constructor de almas que no merecía el olvido de la Carta Apostólica de 2012.

Conocedor, por su propia experiencia, de las nuestras flaquezas estimula a los cristianos a desconfiar de sí mismos, por muy aventajados que se crean en la práctica de la virtud, viendo con cuanta facilidad caen en pecado los que viven consagrados a Dios y fuera del alcance de las tentaciones y peligros del mundo. Se ocupa a continuación del escándalo manifestando en toda su fealdad la culpa del que lo comete y la del que se aprovecha de aquella ocasión para desacreditar las prácticas religiosas y denostar a los que viven en el retiro y la meditación.

En ese último trabajo devocional sobre las caídas públicas de los buenos recordó inicialmente a San Pablo quien escribiera en su segunda carta a los Corintios: *¿Quién está flaco en el espíritu que no me compadezca de él? ¿Quién se escandaliza de que yo me abrace con él?*

Nuestro glorioso padre Santo Tomás en una muy devota oración en la cual pide a Nuestro Señor muchas virtudes y gracias, una de las principales es, siendo tantas las alteraciones y mudanzas de esta vida, nunca desfallezcamos entre las prosperidades y adversidades de ella, sino que en las prosperidades se le de gracias y en las adversidades tenga paciencia y así, ni en las unas, se levante y envanezca, ni en las otras se acobarde y desmaye.

Más, entre los malos ejemplos que se ofrecen en la vida, el más dañoso, es cuando una persona, tenida de gran reputación de santidad, viene a caer en algún público pecado porque aquí es donde los buenos lloran, los malos ríen y los flacos desmayan y finalmente así todos se escandalizan y pierden el crédito de la virtud de los buenos.

Voy a recordar los conceptos básicos del escrito:

Avisos para flacos e imperfectos. Dividido en diez secciones o capítulos sintetiza el concepto de la ascesis del santo dominico. Racional fija una cadena ascendente para concretar su análisis. En primer lugar el sentimiento que producen las caídas como hemos particularizado. A continuación la gravedad del pecado de escándalo y cómo Dios castiga, concepto que le permite precisar

que desde el rigor de la teología cualquier palabra u obra que damos a otros motivos para pecar y apartarse del camino de la virtud. También se produce cuando incurrimos en falta de caridad para juzgar los pretendidos errores ajenos.

Recomendará una vez más, en este último sermón el uso y frecuencia del Santísimo Sacramento y de la necesidad de que él tenemos para la defensa de nuestros espirituales enemigos. También del aparejo y disposición que se requiere para la Sagrada Comunión. De la reverencia y acatamiento que se requiere para la Sagrada Comunión. De los abusos que hay en la frecuencia de la Sagrada Comunión como puede acontecer los cuales tienen por estatuto comulgar cada ocho días cuando lo hacen por obligación y no por devoción y ello como resultado su poco aprovechamiento.

Sobre la frecuencia de la Sagrada Comunión aconseja tener en cuenta la condición de la persona. Para unos bastará comulgar las principales fiestas del año, para otros cada mes, para otros cada quince días y a otros cada semana. O cada día. Finalmente como por el sermón se pretende animar a los flacos se les avisa de algunas cosas para que estén libres de peligros y den menos ocasiones a los maldicientes de murmurar que pongan todo su estudio y diligencia en conocerse, humillarse y aniquilarse en presencia de Nuestro Señor. Otro aviso que procede de la misma humildad que es encubrir el hombre, cuanto le sea posible, sus buenas obras y los favores que recibe de Dios. Lo cual encomienda el Señor con tanto encarecimiento, que viene a decir, que no sepa una mano lo que hace la otra. Sabe Él muy bien la liviandad de nuestro corazón, el cual compara para el santo Job, con la hoja del árbol y con la paja seca que cualquier soplo de vanidad lo menea. Con una última exhortación. Seamos todos los siervos de Dios una misma masa en estas caídas públicas que vienen a hacernos confiados en Dios, y más rendidos y sujetos a él. Lo demás enseñará el Espíritu Santo, que es maestro de humildad: el cual sea gloria y honra en los siglos de los siglos Amén. Así terminaba esta expiación el humildísimo fray Luis, aspirando purgar su pretendido pecado cuando en realidad el noble y santo anciano resultó una víctima inocente de sus padecimientos en esa alta hora de vida.

Con sincero convencimiento de haber hallado un alma afín y ejemplar, a pesar de la lejanía de nuestros tiempos concluyo este breve examen sobre la vida y la obra de este insigne varón. Diré yo, simple laico, por momentos descreído, como acostumbran los jesuitas. A. M. D. G.

Buenos Aires, enero de 2014.

